

## Cruz y raya en los libros

Escribe: **ERNESTO CORTES AHUMADA**

SALINAS, PEDRO. *La responsabilidad del escritor*. Editorial Saix Barral, S. A. Barcelona, 1964. 269 p.

*Deambulando atónito por el Centro de Astronaves Tripuladas, en Houston, me sentí como una insignificante hormiga posada en uno de los tachones de la amplia bota de la Edad Espacial. Un impaciente Gulliver sobre los tejados.*

RAY BRADBURY

*El olor mohoso, algo dulzón, del gorila estaba en el aire. Adelante, invisible, un gorila rugía una y otra vez, ¡uuua-uuua!, un sonido explosivo, un grito a medias que conmovía la quietud de la selva y me erizaba"...*

*La vida del gorila.*

GEORGE B. SCHALLER

No hace mucho un conocido político colombiano y, para mí, mucho mejor pensador, el señor Alfonso López Michelsen, en un "reportaje" expresó a Arturo Abella: "Hoy el político no es héroe nacional. Los héroes son Alvaro Pachón, Cochise, Rodrigo Uribe Echavarría, o Escalona. Ellos son los taquilleros". Y por esos mismos días Edgar Gáviria, un joven dibujante de retorcida pluma que destila un excelente humor negro, confesaba sin romperse ni mancharse: "(...) me parece absurdo cantar en público y protestar por cosas que me son indiferentes o no creo; como son el patriotismo, la moral estoica y la guerra de oriente". A la vez otro joven —Pablo Enrique Sarmiento— hacía pasar a los lectores partidarios de una Colombia ideal un nuevo mal cuarto de hora, cuando burlándose de los "valores consagrados" escribió: "¿la muerte? / uh... sí, la muerte, algo inquietante, ¿verdad, señor? / ¿la vida? / ¡oh, la vida! Es algo duro, ¿no cree?". Pero he aquí que en mis lecturas del mismo día me encuentro también con esta afirmación del padre Rafael Gómez Hoyos: "solo en los siglos XIX y XX reapareció lo que Chesterton llamaba "la superstición del divorcio vincular", que hoy trae locas, por extraña paradoja, a muchas mujeres colombianas". y al poco tiempo el presidente Carlos Lleras Restrepo, quien por hallarse en la cresta de la pirámide social y política pulsa con mayor vigor y pureza los acontecimientos, afirmó que la estructura de la sociedad se halla minada en sus cimientos, "porque el núcleo familiar

está corroído por costumbres, legislación atrasada e inexistencia de principios jurídicos que remedien la situación”.

Con estas afirmaciones nos colocamos, creo yo, ante algo que deseo hacer ver muy claramente al lector, para luego, y tomando como meta el título de este libro, o sea confiriéndole una dimensión no solamente actual sino concreta (1), tratar de participar en lo que hasta ahora ha sido una megalítica disputa. Pues no hace mucho, cierto escritor —el señor Gabriel García Márquez, para ser exacto—, famoso no solo entre los “boquiabiertos televidentes” y nuestros “aulladores de cabellos largos y ondulados”, sino por sus excelentes condiciones de narrador, declaró que existía —en Colombia, claro está— “una persecución a la cultura”. El amor y el odio, o mejor aún, el Diablo y el Angel mostrándose los dientes, como en cualquier *auto* de la Edad Media. Porque aquí desde luego el odio, el Lucifer es el Estado colombiano. Más aún: con ideas que fueron brillantes en el siglo pasado —por ejemplo, “el hombre egocéntrico ha dado muerte a Dios”— no hubo quien dejara de sumarse al autor de *Cien años de soledad*, declarando: el Estado tentacular o el gobierno compulsivo o los partidos en el poder matan, en Colombia, a lo que menos aman: a la cultura colombiana, ¡la cual debe ser algo muy grande y definido! Y así se nos complació con la lista de las “caras agotadas de vida”. Veámosla brevemente: a) bajo presupuesto para la educación; b) ausencia de un instituto especializado en los asuntos culturales; c) abandono de la Universidad Nacional; d) fortalecimiento de la universidad privada y, en general, de la educación privada, con detrimento de la educación pública; e) divulgación y alabanza por las emisoras y por la TV únicamente del pensamiento consagrado; f) censura a todo tipo de películas; g) presencia de gentes incompetentes en los organismos culturales; h) trabas a la importación de libros y revistas culturales; i) nulo apoyo a la difusión de cualquier tipo de obra, salvo las que produce nuestra mediana sinarquía, etc., etc.

Avancemos, sin embargo. No hay duda de quienes confeccionaron estas listas de agravios, apoyando al autor de *La hojarasca*, dijeron una verdad a medias. ¿Por qué? A mi juicio, por una sencilla razón. Porque como los que oyen a la urraca, que de un lado pega los gritos y de otro pone los huevos, se percataron del grito, pero no pudieron dar con los huevos, esto es, con los motivos de esa “persecución” o “indiferencia”. Importándome una higa la política colombiana —como ajeteo personal y compraventa de puestos—, yo tengo que afirmar que esta, o el Estado del cual es dueña y señora, no persiguen a la cultura colombiana. ¡Qué le vamos a hacer! Es de sobra grave, aunque sintomático, haber planteado el fenómeno de la incultura colombiana tan unilateralmente. Pues con la misma inmadurez conceptual se hubiera podido gritar que la cultura nacional persigue a la estructura de aceptaciones y represiones oficiales. Para no hablar sino por encima, el Estado colombiano carece de capacidad necesaria para manejar todos los hilos de la trama. Ora por exceso, ora por defecto. ¿Cómo pensarlo de otro modo, si de un lado se nos aparece ilimitado y colosal —recuérdese su tarea impositiva — (2), y de otra, enclenque, verdaderamente enteco, caprichoso y arbitrario, o meramente decorativo cuando resulta incapaz de garantizar la seguridad personal de los colombianos confiándola a terceros? ¿Cómo ignorarlo o desconocerlo si nuestro Estado (3), y “sin desconocer el enorme esfuerzo del gobierno” carece de dinamismo en la

cuestión social? Esto último me parece fundamental dentro del tema que ventilo. Todas esas cosas implícitas y explícitas en la expresión “persecución de la cultura” son precipitados que dan un vacío nacional. Permítaseme afirmar que el problema fundamental, por lo que hace a la cultura apenas se reduce al hecho de poder crear una cultura como realidad colectiva, como una *anticultura* frente a la “cultura” de los “vagabundos escrofulosos” y las “torres de marfil”. Por lo que a mi pensamiento toca me resulta más fácil desear una cultura sin literatos e “intelectuales” que unos literatos naufragando, como ahora, en la barbarie que ellos mismos han contribuído a crear.

Dejando, pues, de lado el problema de las culturistas a nivel personal, o de Academia, Paraninfo o Ministerio de la Cultura (4), puesto que por cultura entiendo la suma de todos los esfuerzos positivos del hombre, conviene regresar a mi punto de partida. O sea el replantear la cuestión de la “persecución a la cultura”, y que ahora debo anotar como una frase hueca. Y es que yo no puedo insuflarla de contenido positivo, porque en Colombia —y abordando ya la realidad definitiva— el Estado, como ocurre más o menos en toda Latinoamérica, se nos ha vuelto esquizofrénico. Entrego ciertamente la prueba, o el derrumbe de mi acerto, a los especialistas de las patologías social y política, pero no necesito, en cambio, hurtar esta observación: el desequilibrio de poder entre la incapacidad de gobierno y al mismo tiempo lo ilimitado y colosal de gobierno, ¿no constituye un trastorno en la asociación de poderes, como del mismo modo, pero en el plano personal, la esquizofrenia constituye un trastorno en la asociación de ideas? Ello es cierto; aunque los panegiristas y exégetas de periódico nos estén recordando de la mañana a la noche la gran capacidad de su trascendencia tutelar. Definitivamente, lector, yerra la persona que considera al Estado, y sobre todo al Estado que persigue, premia o meramente aplaude, aparte de su relación con la sociedad: es parte de ella y, por tanto, la refleja muy fielmente. Y viceversa, desde luego. Para que sea, en verdad, un buen Estado no basta con que sea altamente especializado, o con que incorpore a su servicio inteligencias profundas. Está adherido —no conscientemente, puesto que bastaría su ofrecimiento de seguros sociales y jubilación, pongo por caso— a la tierra, a la planta y al animal social.

Y esto precisamente le ocurre al Estado colombiano. El se ha hecho en extremo vulnerable, insuficiente, nervioso, impotente, e incluso con cuanto trae toda impotencia, es decir, con grandes deshagos de poder —como toda la vida colombiana—. ¡Ah!, y como nuestra cultura “perseguida”. Una permanente cátedra del Estado debería irnos demostrando que él no solo se compone de su enorme aparato administrativo o, si se trata de los poderes de seguridad, de su policía y de su ejército. Sobre estas fronteras, o mejor aún, sobre su *corpus* desemboca, penetrándolo, potenciándolo o adulterándolo el mundo en torno. Por eso, y en nuestro caso colombiano, al Estado lo afectan en forma negativa realidades como estas, que padece o crea el pueblo colombiano: 1ª Mala salud, mala nutrición, analfabetismo, bajos ingresos. 2ª Incertidumbre e inestabilidad de sus productos de exportación. 3ª Poco interés por parte de quienes tienen el poder social para aplicar los recursos de la ciencia. 4ª Estructuras tradicionales que entrañan marcadas disparidades de condición y de ingreso. 5ª Consumos suntuarios —!Oh Papá Noel “con barba blanca de mentira!”, ¡oh, “árboles

de Navidad de papel de estaño”, que befó Lawrence Ferlinghetti!—, transferencia de fondos privados al exterior e inversiones internas que contribuyen poco o nada al aumento de la producción. 6ª Formas de imposición que tienden a caer regresivamente en los grupos de bajos ingresos y que, por tanto, no equivalen a una sana redistribución del ingreso. 7ª Minorías urbanas más acomodadas y más hábiles. 8ª Desorientación de las masas rurales con el consiguiente crecimiento de los grupos marginales urbanos. 9ª Elevados niveles de fecundidad, que impiden aumentar sustancialmente el producto nacional. 10ª Incapacidad para atender la mayor demanda de empleos, viviendas, alimentos y plazas en las escuelas y colegios, así como en las Universidades. 11ª Dislocación urbana en forma de desempleo, subempleo, escasez de vivienda e insuficiencia de servicios públicos. 12ª Juventudes movedizas y desarraigadas en búsqueda de un nivel mínimo de vida. 13ª Exceso de trabajadores frente a una escasez de obreros calificados. 14ª Tendencia de los profesionales —médicos, v. gr.— a concentrarse en los sectores modernos de las ciudades. 15ª Apatía general y falta de incentivos. 16ª Dependencia de estructuras internacionales. 17ª Actitudes de desconfianza hacia el gobierno, o su excesiva dependencia de él. Y, como en el caso de la lista de las “persecuciones”, etc., etc.

Este es el fondo y el soporte social del Estado colombiano, así como el de la llamada cultura. Y de ahí que en mi país nadie —sobre todo joven— esté en capacidad de hacer suyo el apotegma citado por John Cogley, editor de “The Center Magazine”, de “The Center for the Study of Democratic Institutions”: *my Country right or wrong; but right or wrong my Country*. Ni de meter la mano siquiera, en el agua tibia para defender valores considerados hace veinte años intocables. Por lo tanto, la confusión, el desorden, la inseguridad se filtran dentro de la vida nacional, se confunden con ella, o al revés, nosotros los colombianos nos diluimos en ellas. He aquí, pues, nuestra auténtica *revolución en la revolución*. Como que lo demás, es decir, la revolución, la justicia social, las libertades públicas y privadas, la cultura de tipo cerrado y los otros anhelos que ayer fueron, en nuestra nación, programas de los partidos de izquierda y de derecha se mueven ya dentro del lugar común y van montados sobre el cadáver del siglo XIX. Y ello, todo ello, era lo que me interesaba y me interesa replantear tomando como substrato el libro de Pedro Salinas: no la anécdota esa de que el poder persigue a la *cultura colombiana*, sino la forma apremiante, violenta, como todos los colombianos —incluyendo nuestro Estado, nuestro gobierno— nos estamos jugando la vida. Porque me parece que dentro de semejante juego ni el Estado ni la cultura allí existen. Como entes seguros de sí mismos y, si se quiere, perversos.. Debido a que la sociedad es una totalidad, una realidad anterior a sus contenidos y formas particulares: familia, grupos humanos, profesiones, estado, cultura y, en fin, todo aquello que al mismo tiempo nos hace trascendentes e inmanentes dentro del país (5).

#### NOTAS

(1) De esta obra deliberadamente me limito al título. ¡Y con plena justificación intelectual! Aparte de haber poseído una mentalidad ajena a la de nuestro tiempo, como que Salinas nació en 1891, fue un poeta conformista y apegado al concepto burgués de la vida. Claro que en estos ensayos del autor de *Presagios* hay pensamientos válidos para cualquier época. Por ejemplo: su crítica de los nuevos analfabetos. Pero esto no me interesa debatir ahora, porque se trató del otro extremo del binomio *escritor-lector*. Es

que la sociedad contemporánea necesita, por el contrario, de la "protesta", y no precisamente debido a sus extraordinarias investigaciones espaciales. De ahí que mucho me complazca encontrar en los poetas y novelistas de hoy —dentro de su campo específico— el "rostro de cuchillos" de la *Ira*, de Guayasamín. Fieros, candentes, sudorosos, perturbadores —un Blas de Otero— se están tragando y escupiendo, ¡al tiempo!, la ira, el miedo y el llanto, en una palabra el dolor, de millones y millones de hombres y mujeres actuales.

(2) Sería lamentable que este ensayo se tomara como una profesión de fe antigobiernista. O, lo que es peor, gobiernista. Aunque el escritor tiene a veces la muerte del grano de trigo de que hablan los Evangelios, es decir, la manía de unirse a *divinos* poderes terrenales, cuando escribo nunca se me ha ocurrido afiliarme a una de las tantas maneras de ser imbécil, o sea pensando como hombre de partido. Si no lo hubiese sospechado desde mis primeras notas, ahí estaría Ortega para recordármelo. Pues en *La revelión de las masas* afirma que no otra cosa hace el escritor cuando se coloca, como tal, a la derecha o a la izquierda de la política. Y tan cierto es que mi pensamiento no conlleva el "morbo de la política" que me basta citar unas pocas líneas del *Informe sobre la situación social en el mundo* —1965—, de las Naciones Unidas. Al describir "el fracaso del desarrollo" de "los países en desarrollo" se lee lo siguiente, y lo cual, ¡claro está!, no ha sido pensado para el caso colombiano: "La política actual en algunos países en desarrollo se orienta hacia la reforma fiscal, incluso impuestos progresivos sobre los ingresos, a fin de que una proporción mayor de los ingresos elevados pase al sector público, donde pueden ser empleados para efectuar inversiones económicas o para la expansión de programas sociales de alta prioridad. Sin embargo, en la práctica ha resultado sumamente difícil recaudar los impuestos progresivos sobre los ingresos, salvo en el caso de los empleados a sueldo. (...) En la medida en que esto es cierto, los diversos programas sociales así financiados no representan una forma de redistribución del ingreso; pueden redundar inclusive, en la práctica, en una distribución de beneficios en perjuicio de los grupos de bajos ingresos". Empatando esta nota con la anterior, sostengo que la "protesta" del escritor no consiste, pues, en diatriba política. Todo lo contrario. Porque si fuese así quedaría tan destemplado como los estudiantes bogotanos que, al saludar al bobo Borda con un "Adiós, padre de los burros", les contestó, "coco" en mano: "¡Adiós, mis queridos hijos!".

(3) Siempre he lamentado que los literatos tengan una visión de lo divino y de lo humano exclusivamente adquirida o enriquecida a través de la novela, la poesía y el cuento. Es más: con esa infecunda renuncia hacen de su vida en aspectos definitivos un continuo tapaojos, y llegan, por lo mismo, a dar palos de ciegos. En el libro de Luis Carlos Sáchica —para citar uno apenas—, *Constitucionalismo colombiano*, se encuentra en la página 171 el capítulo *El Estado*, el cual a quien bien lo lea le veda hacer declaraciones sobre la vida pública "de puro pálpito". Allí podemos, en efecto, leer entre otras cosas lo siguiente: "El Estado cobra "una significación masiva, global, total, integrando la *individualidad múltiple*, en orden a un fin común público". O sea que si bien él es diferente de la realidad, carácter y naturaleza individuales las acciones o inacciones *totales* de estos lo afectan profundamente. Pues se trata —el Estado— de "una *adhesión colectiva* a una finalidad de orden superior al de sus miembros". Más adhesión de seres de carne y hueso, al fin y al cabo. (Subrayado mío). ¿Me equivoco? ¿Quién sabe! En un pequeño gran libro de Jean D'hospital —*Roma en la intimidad*— encuentro esta verdad, digamos inmarcesible: "la pequeña pantalla ocupa un lugar importante en la vida pública y privada". ¿Lo veis? Además en la sociedad de masas que estamos comenzando a vivir, *todos* estamos en medio de su problemática, incluso cuando tratamos de vivir únicamente con nuestros problemas personales y preocupándonos solo de ellos.

(4) Véase mi ensayo sobre la cultura colombiana en esta misma sección, correspondiente a la entrega N<sup>o</sup> 3 del Volumen X.

(5) De ninguna manera me encuentro entre los escritores que les fascina definir a la sociedad y al hombre no solamente por las manquedades y excrementos sociales e individuales, sino por la espesura de su propia bilis. Por eso, y para saber exactamente lo que está ocurriendo en el país, no se pueden descartar las opiniones de los que tienen "la sartén por el mango", según la expresión gráfica del periodismo colombiano. Por ejemplo, las últimas declaraciones de Carlos Sanz de Santamaría. Sin embargo, considero mucho más importante, definitivamente, la opinión o el estado psicológico colectivo de un pueblo, como idea que este tiene de su situación. Como quiera que, y aquí sí que cabría el ejemplo del caso colombiano, los gobernantes encuentran un poderoso obstáculo a su gestión administrativa en el pesimismo colectivo, no obstante que las estadísticas y demás cábalas estén demostrando que la situación es progresivamente buena.